

Multitud en la Estación

por Cristián Huneeus

Diffícilmente habríamos podido, en los meros tres o cuatro días que duró nuestro primer contacto con Londres, aquilatar lo que mostraban Kensington y Earl's Court. Emprendimos más de un peregrinaje sin rumbo fijo por sus calles, escuchando casi ininterrumpidamente el silbido de los jets que descendían sobre esa parte de la ciudad, para enfilar hacia el aeropuerto, acentuando aún más nuestra incomfortable sensación de haber recién llegado y estar a punto de irnos otra vez, y alguna que otra excursión a sitios de rigor como el Speaker's Corner en Hyde Park o Buckingham Palace, para ver el cambio de guardia; y la mayor parte del tiempo se nos fue en visitas funcionales al Consejo Británico, que nos proveyó de innumerables circulares a mimeógrafo en las que se nos advertía de la conveniencia de entrevistarnos, antes de seguir viaje, con determinada señorita del Departamento de Becas, o asistir a una charla informal a cargo de cierto señor del mismo Departamento, acerca de los problemas de adaptación del extranjero a la vida inglesa, o utilizar las facilidades del Consejo para obtener entradas a conciertos y funciones teatrales, o conversar con la encargada de la biblioteca a fin de enterarse de cuáles eran las revistas o periódicos que más nos interesaría leer según nuestras aficiones o tendencias.

Hasta que llegó el momento de partir. Perdimos el tren en que se nos había sugerido que viajáramos, el primero de la mañana, infernalmente madrugador. De acuerdo a las instrucciones impresas en un folleto para recién llegados, telefoneamos al Consejo y dimos cuenta del percance. Miss H., la señorita, algo bigotuda, con quien hasta entonces habíamos lidiado, manifestó una audible contrariedad y nos hizo ver que el representante del Consejo en Hull, Mr. F., tendría que hacer viaje especial a la estación por nosotros, ya que el resto de los becados que via-

jaban ese día habían partido en el tren que mi mujer y yo acabábamos de perder. Sugerí, en el mejor de los espíritus, que no se molestara a Mr. F., y que se nos permitiera —si, ese fue el significativo verbo que empleé— llegar a Hull como cualquier otro viajero. Mi sugerencia pareció ofender a Miss H., como si hubiera sido una impudicia. "Es que el viaje, Mr. Houys, toma cinco horas y el próximo tren que usted tiene, déjeme ver, sale a las dos de la tarde... A las siete la oficina local del Consejo está cerrada". Admirado yo, aún no comprendía. "El Consejo le ha reservado piezas en un hotel. Mr. Houys, y la única persona que sabe en qué hotel, es Mr. F. Por eso tiene que ir a esperar a la estación". Ahora, Miss H. sabía que yo había comprendido, y fue notorio el timbre de aleccionadora satisfacción con que preguntó: "¿Está claro?" Tan claro como que yo ardia de irritación. Pero no me iba a soltar tan pronto y agregé, a manera de post-data: "Es una costumbre establecida entre nosotros, Mr. Houys, arreglar para que siempre alguien espere a los becados en sus puntos de destino". Dicho lo cual, accedí a que tomáramos el tren de las dos, pero me puse muy puesto en mi lugar al subrayar que el desdichado Mr. F. tendrá que repetir su misión a la estación de Hull.

Reemprendimos viaje a la estación, batallando por rechazar la incomfortable sensación de que habíamos cometido el primer error y confusos ante la dificultad de establecer en qué —precisamente— había consistido ese error. Batallábamos también para controlar nuestra multitud de bultos, donde el triunfo era tanto más urgente, que la primera cuestión se volvió académica y la olvidamos. Como gitanos desposeídos de carromato entramos bajo la inmensa bóveda metálica donde reverberaban las voces de un gentío abigarrado. La gente se movía ante el ingreso de las plataformas cuidados por porteros de puños y codós de cuero negro cosidos al saco del uni-



forme aquí; ante los puestos de diarios, revistas y novelas eróticas, del pester, pornográficas, policíacas; ante los de cigarrillos, dulces y chocolates brillantes de papel celofán; entrando y saliendo de la limpia sala de informaciones, de las rojas cabinas de teléfonos, como escapadas de un mundo de bomberos de la boletería, abierta a una especie de antepatio trasero vibrante con el cascabeleo de los taxis; del restaurante atendido por antillanos, del ladies y del gentlemen, sumergidos en un subterráneo de baldosas húmedas.

Porteros gruesos, de caras floreadas de venillas, o porteros arrugados como ropas que han pasado un verano en el interior de una maleta, cabalgaban desafiantes en tractorcillos que arrastraban hasta diez pequeños carros cargados de correspondencia en sacos de lana marchados de aceite; los niños pegaban la mirada a los trenes en miniatura, el deseo de montarse encima vivo en los ojos, los grandes les abrían paso y proseguían despidiéndose por sobre el

desfile de esos miles y miles de palabras de amor, de odio, de cortesía, de negocios.

El verano lluvioso había marcado la ausencia del sol en la palidez de los rostros; la industria textil económica y el diseño en serie de los department stores, su falta de imaginación en el material y el corte de la vestimenta de hombres y mujeres. Si nadie en la gran muchedumbre de la estación se veía mal alimentado o vestido con pobreza, si nadie aparecía ostensiblemente insalubre, había en cambio una fea opacidad en la expresión de los rostros, del movimiento de los cuerpos, de las ropas. Era mi primer contacto con la masa urbana de la Gran Bretaña industrial, y me causaba una desazón, un dolor profundo, en mi interior, que no acertaba a explicarme. No resultaba posible decir: "A esta gente le faltan vitaminas" o "a esta gente le faltan albuminas" o a esta gente le faltan proteínas", como oye uno decir en las tribunas del Parque Cousin, cuando en un 19 de Septiembre desfilan, demasiado cargadas del orgullo, de ser el centro de la escena ritual, las asmirriacas tropas del Ejército chileno. Ni resultaba posible sonar con las proteínas, que vendrán algún día, cuando la inteligencia del siglo logre organizar las vías, a remediar todos los males. ¿Qué era lo que afeaba a esa gente? Para buscarlo había que apelar a otro lenguaje, alusivo va que no directo, porque se trataba de algo inasible. Los afeaba una ausencia, ausencia perceptible como el fracaso de una trayectoria entera, como el desplazamiento del énfasis desde el centro hacia los márgenes, desplazamiento tan absoluto que la presunta existencia de un centro aparecía ya no puesta en tela de juicio, sino llanamente ignorada; y en el hueco, cubierto de opacidad —opacidad tan infecciosa que se adhería al ojo del observador— se lamentaba, ensordada por el condicionamiento vuelto hábito, la ausencia de una llama, de aquella llama. Era ahí donde, a la mera observación, la cultura inglesa enseñaba el dorso humillado y acusador de sus triunfos: en el desalino pálido, en la inexpressión raída, de la masa monótona que aguardaba trenes en la estación. Fue tal vez terror lo que nos atacó al presentir que nos hallábamos en la boca de un largo túnel sin salida al aire libre. Buscamos nuestro tren en las pizarrillas negras a la entrada de cada plataforma. Edimburgo, no es éste; Cambridge, no, no éste; York, tampoco éste todavía; Manchester, cada vez un pequeño tirón de miedo y luego alivio. Hull, el portero, las maletas aquí, arriba, cuánto le doy de propina, ¿dónde están los trenes?, ¿mucho?, quizá, asiento, de pie, acomodar las cosas, asiento, íbamos en marcha.